

<http://critica.cl/filosofia/el-intelectual-es-radicalmente-independiente-un-estudio-logico>

EL INTELLECTUAL ES (RADICALMENTE) INDEPENDIENTE.
Un estudio lógico

Carlos Eduardo Maldonado

Definición: Un intelectual es alguien que hace de la pintura, la música, la poesía, la filosofía, la literatura, la ciencia, y el arte en general, una forma de vida.

Postulado 1: Todo intelectual que es cooptado por el régimen o el sistema es como una luz de bengala: se enciende rápido, incluso de forma bella, pero se apaga muy pronto.

Postulado 2: El sistema político, económico, ideológico (religioso, por ejemplo) busca atraer hacia sí a tantos y tan buenos intelectuales como sea posible, siempre con un criterio selectivo.

Postulado 3: El intelectual encuentra en el mundo de hoy condiciones difíciles de vida y existe la tendencia cultural a que se convierta en empleado.

Corolario: En tanto que empleado –público o privado- el intelectual ve amenazada su libertad e independencia.

Postulado 4: Alrededor del mundo, el intelectual es perseguido de diversas maneras por su crítica, independencia y libertad, y sólo es acogido ulteriormente gracias a su obra.

Axioma 1: El sistema nada castiga y nada persigue tanto como la libertad, la autonomía y la independencia.

Lema: El sistema se llena la boca hablando de libertad y promoviéndola. Pero ello en realidad es un discurso vacío, y pura ideología.

Axioma 2: El intelectual auténtico es radicalmente independiente, crítico, autónomo y libre.

Axioma 3: La crítica y el debate, la independencia y la autonomía constituyen elementos que pueden favorecer y nutren elementos civilizatorios en las sociedades.

Corolario: Un elemento civilizatorio es todo aquel que contribuye a la elevación, la afirmación y el posibilitamiento del espíritu humano, y la gratificación de la vida.

Teorema (demostración):

Son numerosos los casos, alrededor del mundo en los que diversos artistas, pensadores, académicos, escritores, y científicos han sido ocasionalmente

reconocidos gracias a una obra que, incipiente pero de calidad, o sostenida en el tiempo con elevados estándares, han sido tentados por las diversas instancias del poder para que los represente, para jugar el papel de asesores o consultores, y cuando no, incluso para desempeñar el papel de trovadores oficiales o de bufos de ocasión.

Cuando ello ha sucedido (en Francia o en Colombia, en México o en Estados Unidos, en Alemania o en Chile, por ejemplo), estos personajes son agasajados de diversa índole y su ego –que es en realidad su auténtico punto arquimédico- llega a ser manipulado fácilmente. La gran prensa juega aquí un papel destacado.

Ningún intelectual que haya sido cooptado por el régimen ha sobrevivido a una sana evaluación histórica, de tal suerte que si bien en el momento puede haber brillado, ocupado titulares, fotos, páginas y demás, su impronta en la historia de la cultura y la civilización termina por pasar perfectamente desapercibida. Ahora bien, es evidente que su bolsillo se ha podido agrandar de manera significativa, y que su estándar de vida se haya elevado. Pero no es, en perspectiva histórica, nada más que una anécdota; algo menos que una nota de pie de página a un texto central.

La vida de los intelectuales, particularmente en el mundo contemporáneo, puede estar acompañada de diversos reconocimientos. Y los hay de todo tipo. Es lo que, por ejemplo, en el mundo anglosajón se distingue como *Prizes* y *Awards*. En otras palabras, premios y reconocimientos que en unos casos implican medallas, premios, trofeos, diplomas, y demás, y en otras ocasiones van acompañadas, adicionalmente, de un reconocimiento económico.

Existen en el mundo diversos circuitos, modos y niveles de estos reconocimientos. Académicos y sociales; políticos y económicos; de género y de obra; momentáneos o estructurales; ocasionales o institucionales, por ejemplo. Correspondientemente, existen también diversos modos de transmisión, reproducción, ampliación y divulgación de esta clase de premios y distinciones. Entre los grandes medios masivos de comunicación (casas editoriales, noticieros, museos y galerías, y demás) y los medios alternativos de comunicación existe una asimetría notable.

La valía de un intelectual se mide por su coraje moral, intelectual y político, y los tres se encuentran estrechamente entrelazados. La función social, cultural, política y civilizatoria de un intelectual consiste y se funda en su espíritu de crítica, su independencia, su autonomía y libertad radical, todas las cuales no implican necesariamente combatividad y beligerancia, pero sí polémica, reflexión y debate. Estos se llevan a cabo al mismo tiempo en su obra misma tanto como en sus declaraciones y forma de vida.

El intelectual desempeña, para decirlo de manera franca y directa, un papel claramente civilizatorio, en el mejor y al mismo tiempo más fuerte sentido de la palabra, en el desarrollo de los individuos, los grupos, las sociedades y las culturas. En contraste, los grandes hombres de poder usufructúan del momento lo mejor que pueden, pero generalmente no cumplen absolutamente ningún papel

civilizatorio. Este tema es altamente sensible y apunta a la crisis y decadencia de las sociedades y, no en última instancia, de la civilización occidental.

A pesar de las tentaciones, a pesar en numerosas ocasiones incluso de las necesidades y las debilidades, es la obligación intelectual y moral del intelectual no claudicar y no dejarse vencer por los atractivos, las tentaciones, los engaños y las voces de sirena de parte del poder. El poder, que es por definición una enfermedad, termina siempre por enfermar a todos los que se acercan a él y sucumben a sus encantos. El poder hace de la inteligencia una banalidad y un artificio de uso o de lujo.

En la capacidad de resistencia del intelectual ante las veleidades del poder –cuya primera cara es siempre económica-, tres factores desempeñan un rol fundamental: la propia biografía del intelectual (por ejemplo su estructura emocional o sexual, su fuerza de temperamento o carácter, sus convicciones, sus sueños, sus compromisos o sus debilidades), su entorno familiar y el entorno social (notablemente los amigos). La personalidad del intelectual puede ser comprendida como el punto de tensión entre el poder y el principio de realidad, de un lado, y los tres factores mencionados, de otra parte.

La inteligencia es (= puede ser comprendida como) una fuerza. Exactamente igual que la fuerza física o el sexo, por ejemplo. Más exactamente, la inteligencia es una forma de energía, y lo dramático o difícil con la energía en general es que una vez generada (acaso podríamos decir: poseída) no se la puede contener: hay que liberarla, ponerla a circular. En este punto es evidente que la inteligencia –muy específicamente la creatividad- se encuentra en un *médium* que nada tiene que ver con temas como el sentido común, el sentido práctico de la vida, un genérico principio de realidad, y demás. El intelectual, dicho de una forma general, siempre vive en el filo del caos. Y ello puede ser visto –¡es!- tanto un fenómeno positivo como negativo, y la solución final depende de circunstancias, suerte, fortaleza, entorno social y familiar, y aleatoriedad.

Desde Sócrates, el primero, hasta la fecha, los casos de intelectuales –en todo el orden y expresión de la palabra- que han sido perseguidos es enorme. Sin embargo, es claro que tampoco se trata de victimizar esta forma de vida, y simplificar los estudios y casos, pues son igualmente numerosos los casos de intelectuales que, gozando de una gran independencia y radicalidad, lograron y han logrado en la historia una obra significativa que es ejemplo para numerosas sociedades y épocas.

Como quiera que sea, parece evidente una cosa: el poder y las instituciones, el sistema y el régimen se llenan la boca hablando de innovación y de libertad, pero le tienen pánico al cambio, quieren controlar, prever y determinar las transformaciones, y nada les parece tan sospechoso como la independencia, el criterio propio, la autonomía y la crítica radical y fundada. Por el contrario, lo que el sistema y el poder –en todas sus formas, expresiones y niveles- pide, fomenta y reclama es ante todo: lealtad, fidelidad, sentido de pertenencia, en fin, eso: institucionalidad. Los nombres para este tema son variados y profusos.

Nada produce ante el poder tanto recelo como la libertad y es a lo que más teme, conjuntamente con la autonomía, la independencia y la ausencia de predecibilidad. La vida de la inteligencia es la de la crítica y la autodeterminación, la autonomía, y más radicalmente, la autarquía.

Nota final 1: Este texto se funda en un ejercicio de lógica, y puede ser formalizado en caracteres lógicos. Aquí se ha optado por una presentación discursiva.

Nota final 2: La lógica en general –ya se trate de la lógica formal clásica o de las lógicas no-clásicas, trabaja con criterios genéricos. Le corresponde en propiedad a la historia y a la sociología, a la antropología y a la economía, a la filosofía y al ensayo, entre otros, llenar de contenidos las consideraciones de la lógica. Ello conduce al campo, altamente sensible, de los ejemplos, los casos, las excepciones, los nombres, los grupos y las asociaciones, y demás.